

Cristo nuestro médico en la vida y las enseñanzas de san Agustín

RESUMEN

En los copiosos y diversificados escritos de San Agustín se ponen muy de manifiesto sus profundas reflexiones sobre las enfermedades de diverso orden que inciden en la vida de las personas. Él examina esta realidad desde una visión de fe cristiana y con una muy viva comprensión de sus implicaciones. La figura de Cristo como médico de la humanidad doliente ilumina intensamente esta realidad y abre caminos de confianza tanto para los que padecen a causa de las enfermedades como para los profesionales de la salud.

ABSTRACT

In the copious and diversified writings of St. Augustine, his profound reflections on the diseases of different order that affect the lives of people are very evident. He examines this reality from a Christian faith vision and with a very vivid understanding of its implications. The figure of Christ as a doctor of suffering humanity intensely illuminates this reality and opens paths of trust for those who suffer from illnesses as well as health professionals.

Llevamos los infables dones de Dios en *vasos de barro* (2Co 4,7). En nuestras vidas y a través de los tiempos se pone efectivamente de manifiesto la fragilidad que, a partir del primer pecado, ha invadido el mundo y persiste incluso después de la obra salvadora realizada por Cristo, el cual ha inaugurado en medio de nuestro mundo una vida nueva, aunque se halle *escondida con Cristo en Dios* (Col 3.3). Siendo esto así, se percibe

con alivio y con gozo que Jesús se nos manifieste y nos asista como «médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos»¹, el cual nos ofrece muy válidos y saludables remedios a fin de poder afrontar el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, que invaden este mundo en el que vivimos, sufrimos y morimos.

En los evangelios hallamos copiosos ejemplos de las acciones de Jesús en las que se manifiesta como médico ante las enfermedades y dolores del cuerpo y del espíritu. Muy elocuente nos resulta, a ese respecto, el pasaje de la curación de un paralítico en Cafarnaúm (*Mc* 2. 1-12 y lugares paralelos). Ya hacia finales del siglo segundo, un hombre lleno de sabiduría griega, de un profundo conocimiento de la Escritura y de una muy viva fe cristiana, Clemente de Alejandría, acerca de ello se expresa con estas significativas reflexiones: «Nuestro buen Pedagogo, que es la sabiduría, el Logos del Padre, el creador del hombre, cuida solícito de la criatura entera: médico de la humanidad, y capaz de sanarlo todo, cuida tanto del alma como del cuerpo. [...] Cura indistintamente al alma por medio de sus preceptos y de sus gracias: pero para que el alma sea curada con los consejos invierte quizá más tiempo; no obstante, como es generoso en las gracias, a nosotros, que somos pecadores, nos dice: *Tus pecados te son perdonados*»².

San Agustín, avanzado ya en los últimos estadios del laborioso camino de su conversión y poco antes de recibir el bautismo, reflexionaba con gran profundidad y expresaba en el libro de sus *Soliloquios*, que el ojo humano enfermo «se complace en las sombras porque no está sano», no pudiendo mirar al sol, y añade que sólo en Dios puede hallarse la salud, dado que «aquella divina Hermosura sabe cuándo se ha de mostrar, porque ejerce profesión de médico, y conoce bien quiénes son sanos, aun mejor que los mismos que se ponen en sus manos, para curarse»³. En el presente trabajo trataré de adentrarme en los datos de la experiencia del Santo y en sus luminosas enseñanzas sobre Cristo médico, que sana, instruye, fortalece y consuela a los enfermos en el cuerpo y en el alma y a toda la humanidad doliente a causa de su debilidad y del pecado que la afectan profundamente.

1 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1421.

2 *El Pedagogo*, I, 6, 2-4: Fp 5, 83-85.

3 *Soliloquios*, II, 14, 25: BAC 10, 466.

SALUD Y ENFERMEDAD A LA LUZ DE LA FE, SEGÚN SAN AGUSTÍN

Estuvo siempre muy ardiente en el alma de Agustín su sensibilidad respecto del misterio de la presencia del mal y del sufrimiento en el mundo y especialmente en la persona humana, y no de una manera especulativa o lejana a su experiencia vital, sino que se trataba de realidades que conoció de un modo intensamente vivo y personal. A ese respecto, podemos además comprobar muy bien que la salud y la enfermedad fueron para él asuntos de acuciante atención y que le suscitaron profundas reflexiones.

Era todavía un muchacho cuando sufrió una grave enfermedad, a la cual se refiere en sus *Confesiones*, diciendo: «Tú viste, Señor, cómo cierto día, siendo aún niño, fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba y me puso en trance de muerte. Tú viste también Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor»⁴. Habiendo pronto mejorado, no se consideró oportuno darle con urgencia el bautismo. De ello él, en el mismo libro, se lamentaba, considerando que quizá la recepción del sacramento le habría liberado de caer, como ocurrió después, en la enfermedad moral de su conducta pecaminosa: «¡Cuánto mejor me hubiera sido recibir pronto la salud [del alma] y que mis cuidados y los de los míos se hubieran empleado en poner sobre seguro, bajo tu tutela, la salud recibida de mi alma, que tú me hubieses dado!»⁵.

A los 32 años de edad las deficiencias de su salud a causa de una notable debilidad pulmonar le dificultaron continuar con su labor de enseñanza y le impidieron formar parte del colectivo de oradores de la corte imperial, que era su aspiración más destacada: «Debido al excesivo trabajo literario, había empezado a resentirse mi pulmón y a respirar con dificultad, acusando los dolores de pecho que estaba herido y a negárseme a emitir una voz clara y prolongada»⁶. Debió, sin duda, mejorar en cuanto a esas deficiencias, pues siendo obispo su predicación llegó a ser constante y ejercida sin especiales dificultades, pero ya entrado en años, en uno de sus sermones probablemente hace

4 *Confesiones*, I, 11, 17: BAC 11, 88.

5 *Ibid.*, I, 11, 18: BAC 11, 89.

6 *Ibid.*, IX, 2, 4: BAC 11, 350.

referencia a los problemas de su salud diciendo: «Múltiples son los achaques de la vejez: catarros, flemas, pitañas, angustia y fatigas. Todo eso hay. Envejece el hombre y se llena de achaques»⁷.

La experiencia de su propia vida pecaminosa, anterior a su conversión, llevaba al obispo de Hipona muchos años después a reconocer a Cristo como bondadoso médico que proporciona la salud no sólo al cuerpo, sino principalmente al alma del pecador. Así se expresaba, exhortando a todos, en un sermón pronunciado en torno al año 400, o sea, a más de veinte años de su conversión:

Por tanto, hermanos míos, puesto que también nosotros hemos nacido de él [de Adán] y, como dice el Apóstol, *en Adán mueren todos (1Co 15,22)*, todos nosotros fuimos alguna vez dos hombres [el que proviene de Dios y el que se aparta de Él] si no quisimos obedecer al médico para no enfermarnos; obedecámosle, para librarnos de la enfermedad. El médico nos dio algunos preceptos cuando estábamos sanos; el médico nos dio preceptos para que no necesitáramos de él. *No necesitan del médico, dijo, los sanos, sino los enfermos (Mt 9,12)*. Estando sanos despreciamos los preceptos y por experiencia vimos a cuán gran ruina nos condujo tal desprecio. Ya comenzamos a enfermarnos, nos fatigamos, estamos en el lecho de la enfermedad; pero no perdamos la esperanza. No pudiendo llegar nosotros hasta el médico. él mismo se dignó venir hasta nosotros. No despreció al herido el que había sido despreciado por el sano. No cesó de dar otros preceptos al lánguido, que no quiso guardarlos antes para no caer enfermo, como si le dijera: «Por experiencia has visto que dije la verdad cuando te indicaba: ¡No toques esto! Sana, pues, y vuelve a la vida»⁸.

San Agustín, que en la Iglesia con tanto acierto es designado como el «Doctor de la Gracia», era muy consciente de que es el Señor quien mueve los corazones para que busquen a Dios y obtengan la curación de las heridas del pecado en el alma, y en consecuencia mucho se complace en mostrar a Jesús como el médico más bondadoso y experto en sanar los corazones enfermos y quebrantados. Así vemos que en referencia a las negaciones y muy cercanas lágrimas de arrepentimiento por parte del pecador, se expresa con estas luminosas palabras: «El

7 *Sermón 81*, 8: BAC 441, 463.

8 *Sermón 88*, 7: BAC 441, 542.543.

Señor, como médico y artífice, conocía mejor que el enfermo mismo lo que pasaba en el enfermo»⁹.

En la predicación y en los comentarios bíblicos de Agustín, de los cuales sólo una parte, más que abundante, de su constante magisterio, se ha conservado, se hallan frecuentes alusiones al Señor como médico del alma enferma por razón del pecado. A través de ellas cabe muy bien intuir que el Santo recuerda con gratitud cómo la divina misericordia le llevó hacia una plena y vigorosa conversión. En su exposición del salmo 42 exclama: «¿Cómo te alabaré o confesare? Diciendo: *Salud de mi rostro (es) mi Dios*. Tú eres la salud de mi rostro; tú me curarás. Como enfermo te hablo; conozco al médico; tú me curarás. No me vanaglorio de estar sano. ¿Qué significa: Conozco al médico, no me vanaglorio de estar sano? Lo que se dice en otro salmo: *Yo dije: Señor, compadécete de mí, sana mi alma, porque pequé contra ti (Sal 40,5)*»¹⁰.

DIOS LEVANTA AL HOMBRE CAÍDO EN ADÁN

En la crisis de fe que experimentó Agustín en los años de su juventud, al tratar de dar alguna respuesta a las inquietantes cuestiones que suscita la existencia de los males, del dolor y del sufrimiento que invaden el mundo y la vida de los hombres, se dejó llevar primero por las propuestas y enseñanzas del maniqueísmo, sistema que consideraba que la existencia del mal dependía de la violenta oposición existente en el universo entre el poder o principio de las Tinieblas que actúa en lo corpóreo y se enfrenta en tenaz oposición al principio y la energía de la Luz, que se manifiesta en las almas y en todo lo que es de naturaleza espiritual. Posteriormente bajo las doctrinas del platonismo interpretaba el embrollo y la tragedia existente en su propia persona como efecto de que su alma espiritual se viera atormentada por las contradictorias y bajas tendencias de su corporeidad material.

En definitiva, con su acercamiento al cristianismo se convenció de que las desviaciones y las maldades del ser humano son debidas al alejamiento de Dios al que el hombre se ha sometido por el pecado, situación que se ha ido extendiendo y pro-

9 *Sermón 229- O (Guelf. 17)*, 1: BAC 447, 366.

10 *Enarraciones sobre los Salmos*, 42,8: BAC 246, 38.

pagando a raíz de la culpa original de Adán, el primer padre de los hombres. Sólo con la acción divina manifestada en el Nuevo Testamento por obra del nuevo Adán, que es Cristo, al ser humano se le ha abierto un camino luminoso para poder llegar a alcanzar la libertad y la salvación (cf. *Rm* 5, 15-17). En *La Ciudad de Dios* expone el obispo de Hipona el auténtico e iluminado panorama de restauración para el ser humano:

El asombroso mal que encontramos en el pesado yugo puesto sobre la cerviz de los hijos de Adán, desde la salida del vientre materno hasta el día de su vuelta al seno de la madre común por la sepultura, es para que vivamos con sobriedad y comprendamos que esta vida se nos ha vuelto penosa desde aquel pecado horrendo en extremo que se cometió en el paraíso, y que todo lo que se lleva a cabo en nosotros a través del Nuevo Testamento pertenece exclusivamente a la nueva herencia del mundo nuevo. Así una vez recibida aquí la prenda, entraremos en posesión, a su tiempo, de la realidad que ella garantizaba. Mientras tanto, debemos caminar en la esperanza y ser más perfectos de día en día, dando muerte por el Espíritu a las bajas acciones. *El Señor*, en efecto, *conoce a los suyos* (2 *Tm* 2,19); y: *Todos aquellos que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios* (*Rm* 8,14). Pero esto por la gracia, no por la naturaleza¹¹.

Esta acción de Cristo como restaurador del linaje humano es presentada por los Santos Padres bajo el simbolismo y la semejanza de la labor de un bondadoso médico que atiende y sana a los enfermos. Este símil aparece muy reiteradamente y de forma muy expresiva y elocuente en los escritos de san Agustín, destacando sobre todo una acción curativa y reconfortante en las situaciones de culpa y de peligro moral que afectan a la vida del alma humana que se halla enferma por el pecado que la aleja de Dios y pone en riesgo su salvación eterna.

En un sermón sobre los obreros de la hora undécima (*Mt* 20, 1-16), que representan a los pueblos de la gentilidad llamados a la fe, el obispo de Hipona evoca la excelencia de este médico, el Salvador del mundo, en el cual, a pesar de la oposición y calumnias contra él difundidas, se manifiesta la gran eficacia de su arte de curación:

El género humano yace enfermo; no por enfermedad corporal, sino por sus pecados. Yace como un gran enfermo en

11 *La Ciudad de Dios*, XXI, 15: BAC 172, 794-795.

todo el orbe de la tierra de Oriente a Occidente. Para sanar a este gran enfermo descendió el médico omnipotente. Se humilló hasta tomar carne mortal, es decir, hasta acercarse al lecho del enfermo. Da los preceptos que procuran la salud, y es despreciado; quienes le escuchan son liberados. Es despreciado, pues dicen los amigos poderosos: «Nada sabe». Si no supiera nada, no llenaría los pueblos con su poder; si no supiera nada, no existiría antes de nosotros; si no supiera nada, no hubiera enviado los profetas ante de él. ¿No se cumple ahora lo que antes fue predicho? ¿No demuestra este médico el poder de su arte cumpliendo sus promesas? ¿No caen por tierra en todo el orbe los errores perniciosos y se doman las codicias en la trilla del mundo? Nadie diga: «Antes el mundo estaba mejor que ahora; desde que llegó este médico a ejercer su arte, vemos en él muchas cosas espantosas». No te extrañes. Antes de ponerse a curar a un enfermo, la sala del médico parecía limpia de sangre; ahora que tú ves lo que pasa, sacúdete las vanas delicias, acércate al médico: es el tiempo de buscar la alud, no el placer¹².

De este médico excelso dice Agustín que quiere principalmente curar las enfermedades del alma, de las cuales son como reflejos muchas de las enfermedades corporales: «¿Qué aprovecha un cuerpo sano e incólume donde enferma el alma, que es quien habita el cuerpo? Traspasado al alma, el flujo de sangre es la lujuria. Como los avaros son semejantes a los hidrópicos —tienen ansias de beber—, así los lujuriosos son semejantes al flujo de sangre. [...] Es necesario tener al médico que vino a sanar las enfermedades del alma»¹³.

EN LOS RELATOS EVANGÉLICOS DE CURACIONES

Muy expresivos y conmovedores resultan los pasajes en que los evangelistas van presentando la memoria viva de las curaciones de enfermos realizadas por Jesús y transmitidas por la predicación apostólica y por el testimonio de quienes estuvieron con él durante los tres años de su mesiánica y salvífica labor en Israel. Uno de los más impactantes relatos de curación viene a ser el de un parálítico que yacía junto a la piscina de Betesda y que padecía una parálisis desde 38 años atrás, puesto que no contaba con ayuda de alguien que le metiera en el agua cuando ésta se removía. Dice, en efecto, et texto evangélico

12 *Sermón 87*, 13: BAC 441, 531-532.

13 *Sermón 63-A* (Mai 25) 2; BAC 441, 225,

co de la Vulgata de san Jerónimo: *Hay en Jerusalén, junto a la puerta Probática, una piscina llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En estos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos que esperaban el movimiento del agua, porque el ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que bajaba después de la agitación del agua quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese (Jn 5,2-4). Jesús sanó al paralítico diciéndole: Levántate, toma tu camilla y echa a andar (Jn 5,8).*

Todo este capítulo 5º del cuarto evangelio forma una bien estructurada unidad literaria, con exposición de su significado teológico y de los testimonios que acreditaron el hecho, así como las reacciones que de él se derivaron. San Agustín dedicó tres extensos sermones a interpretar con profundidad doctrinal y abundancia de simbolismos provechosos este relato evangélico. Advierte el obispo de Hipona que la curación del enfermo va ligada a la justa valoración del descanso del sábado, que en el judaísmo muchos interpretaban de una manera discordante de su institución divina, y que, en vez de iluminar, inducía a un oscurecimiento de la fe. Jesús, al tiempo que cura al enfermo, trata de sanar la mente de quienes le contradecían por razón del descanso sabático:

No nos estorben, pues, las sombras, dispense, veamos el sol. ¿En quién? En Cristo. Por eso dice la Escritura; *En tu luz veremos la luz (Sal 35,10). A los que estaban sentados en la sombra de la muerte les ha nacido la luz (Is 9,2)*. Está sanado ese hombre, ¿y le imputas lo de la camilla? El que dijo al enfermo que llevara sobre sí el leño, es quien había de pender en un leño por él. ¡Necia impiedad la de los judíos! Al que veías tendido le ves andando ¡y le acusas de llevar la camilla! Quien dio la salud al que anda, dióle fuerzas para llevarla. Sé cristiano, ¡oh judío!, y entiende bien el sábado; en tanto no seas cristiano, puedes observar el sábado, mas no entenderle. Si no pasas a la verdad, no puedes tener lo que celebras¹⁴.

Agustín interpreta el movimiento del agua en la piscina con un significado cristológico:

El agitamamiento del agua es la pasión del Señor en aquel pueblo. Quien descendía quedaba sano: uno nada más; éste significaba la unidad. Todos a los que no agrada la pasión de Cristo son soberbios; no quieren descender, y no sanan. «¿Cómo voy

14 *Sermon 125-A, (Mai 128) 2: BAC 443, 84.*

a creer yo, dicen, en un Dios encarnado, en un Dios nacido de mujer, en un Dios crucificado, azotado, muerto, llagado, sepultado? Fuera de mí aceptar esa indecencia en Dios». Hable el corazón, calle la cerviz. Parécele al soberbio ser la humildad indigna de Dios; por eso la salud se pone tan a distancia de los orgullosos. No te remontes; si quieres sanar, abájate¹⁵.

En referencia al ángel que removía el agua, el obispo de Hipona recuerda que Cristo, como Ángel del Gran Consejo (*Is* 9,6), al sufrir él la pasión es cuando en Israel se produce una gran turbación:

¿Qué veían los judíos? Lo que veían también los apóstoles cuando el Señor respondió: *¿Tanto tiempo con vosotros, y aún no me habéis conocido? Quien me ve a mí, ve también al Padre (Jn 14,8.9)*. Así, pues, como los judíos no veían esto en él, tenían por soberbio e impío el hacerse igual a Dios. Y había turbación; se había turbado el agua, había venido el ángel. Al Señor, en efecto, se le llamó el Ángel del Gran Consejo, porque venía anunciando la voluntad de Dios, ya que *ángel* en griego significa, en latín *nuncio* o enviado. Y ya sabes cómo el Señor dijo que él nos anunciaba el reino de los cielos. Había, pues, venido aquel Ángel del Gran Consejo, Señor de todos los ángeles¹⁶.

A la vista de estas consideraciones agustinianas sobre este milagro de curación, expresadas con su característico modo de acudir a expresivos simbolismos, resultan clarificadoras estas palabras suyas: «Es indudable que los milagros no se hacían por hacerlos. Simbolizaban algo en relación con nuestra salud eterna»¹⁷.

En la curación del ciego de nacimiento, relatada en el capítulo 9º del cuarto evangelio, Jesús aparece confiriéndole el don de la vista, manifestando ante todo el poder creador que le es propio siendo, como es él, la *luz del mundo (Jn 8,12)*; pero no faltan las manifestaciones características del arte de la medicina en los signos que acompañan la acción curativa sobre aquellos ojos del ciego que hasta entonces no habían visto nunca la luz. Así se refleja en diversos textos agustinianos:

El Señor al curar a este ciego de nacimiento, en el que se figuraba al género humano, ciego también de nacimiento, guardó un orden preciso. Escupió en la tierra, hizo lodo, y el Se-

15 *Sermón 124*, 3: BAC 443, 59.

16 *Sermón 125*, 3: BAC 443, 67.

17 *Sermón 124*, 1: BAC 443, 57.

ñor le untó los ojos con saliva. La tierra significa a los profetas; se comenzó por la tierra porque, ¿qué otra cosa son los profetas sino tierra? Siendo, efectivamente, hombres originarios de la tierra, recibieron el espíritu del Señor y ungieron al pueblo de Dios. Mediante la profecía lo veían, pero aún no lo poseían. Considera ahora a dónde fue enviado [el ciego] para que lavara su rostro. A la piscina de Siloé. ¿Qué significa Siloé? Por fortuna no lo calló el evangelista: *que se traduce «enviado»*. ¿Quién fue enviado sino aquel de quien se dijo: *He aquí el cordero de Dios*? En él se lava el rostro, y quien había sido untado adquiere la vista, porque en Cristo el Señor se hizo realidad toda profecía¹⁸.

En los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, hablando de la curación del ciego de nacimiento, Agustín recuerda lo que dijo Jesús: *Yo vine para que vean los que no ven y los que ven, se queden ciegos (Jn 9,39)*, y el santo expone el significado de estas penetrantes palabras diciendo: *«Para que vean, quienes confiesan que no ven y buscan al médico. Y resulten ciegos quienes ven; ¿qué significa resulten ciegos quienes ven? En su ceguera permanezcan quienes suponen que ven y no buscan al médico»*¹⁹.

Otro relato evangélico de curación, al que Agustín presta una muy detenida atención es el de la mujer que padecía flujo de sangre (*Mt 9,20-22*) y con sólo tocar la fimbria de la vestidura de Cristo quedó curada. El santo mira esta gracia curativa que se manifiesta en Jesús como símbolo de su obra salvadora que se iba a extender por todo el mundo pagano donde surgiría con gran vigor la Iglesia de los gentiles (*gentium ecclesia*):

Había gastado [la mujer hemorroísa] todos sus bienes y no se había curado. Dijo para sí: «Tocaré su orla». La tocó y fue curada. Investiguemos qué es la orla del vestido. Esté atenta vuestra caridad. En el vestido del Señor están significados los Apóstoles adheridos a él. Averiguad qué apóstol fue enviado a los gentiles. Hallaréis que el enviado fue el apóstol Pablo, pues la mayor parte de su actividad fue el apostolado de los gentiles. Por tanto la orla del vestido es el apóstol Pablo, el enviado a los gentiles, porque él fue el último de los Apóstoles. ¿No es la orla del vestido lo último y lo más bajo? Una y otra cosa dice de sí mismo el Apóstol: *Yo soy el último de los Apóstoles y yo soy el menor de los Apóstoles (1Co 15,8-9)*. Es el último, el menor. Tal es la orla del vestido. Y la Iglesia de los gentiles, al igual que la mujer que tocó la orla, padecía flujo de sangre.

18 *Sermón 136-C* (Lambot 11): BAC 443, 227.

19 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, XLIV, 17: BAC 165, 171.

La tocó y quedó sana. Toquemos también nosotros, es decir, creamos, para poder ser sanados²⁰.

En otros sermones san Agustín insiste en este sentido de «tocar» como expresión de la fe, distinguiéndolo del «apretujar» de la muchedumbre: «Es como si dijera el Señor: «Busco al que toca, no al que oprime». Así es en el tiempo presente su cuerpo, es decir, la Iglesia»²¹. Y en otra ocasión, en referencia a la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena, en que el Señor le dice *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre (Jn, 20,17)*, el obispo de Hipona dice: «Que el tocar es sinónimo de creer, pienso que podemos advertirlo fácilmente en el relato sobre aquella mujer que tocó la orla del vestido del Señor y quedó curada»²².

MÉDICO PARA NUESTRA SALVACIÓN ETERNA

Es preponderante en los sermones y libros de San Agustín la consideración de que la obra salvadora de Cristo tiene como perspectiva fundamental la salvación eterna de la criatura humana: *Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3.16)*. En los días que siguieron a su bautismo, en la Pascua del año 387, Agustín no cesaba de expresar su intenso gozo por haber descubierto la perspectiva de salvación eterna, basada en los designios de salvación manifestados por Dios. En el libro de las *Confesiones* lo pone de manifiesto con estas gozosas palabras: «Yo no me hartaba en aquellos días, por la dulzura admirable que sentía, de considerar la profundidad de tu consejo sobre la salvación del género humano. ¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido por las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellas»²³. También en sus sermones no cesaba el obispo de Hipona de presentar a Jesucristo como el médico que se esfuerza constantemente por liberar de la enfermedad a las almas y llevarlas a la salvación eterna, siendo ésta la prioritaria intencionalidad de sus curaciones corporales:

20 *Sermón 63-A (Mai 25)*, 3: BAC 441, 226-227.

21 *Sermón 62*, 3: BAC 441, 201.

22 *Sermón 245*, 3: BAC 447, 503.

23 *Confesiones*, IX, 6, 14: BAC 11, 361-362.

Vuestra santidad [tratamiento con el que solía dirigirse a los fieles] sabe, como yo, que Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, es el médico que procura nuestra salvación eterna, y que tomó sobre sí la enfermedad de nuestra naturaleza para que no fuese eterna esta nuestra enfermedad. Asumió un cuerpo mortal en que dar muerte a la muerte. Y, *aunque fue crucificado en lo que tomó de nuestra enfermedad*, como dice el Apóstol, *vive, no obstante, por el poder de Dios (2Co 13,4)*. Del mismo Apóstol son estas palabras: *Y puesto que ya no muere, la muerte ya no tiene poder sobre él (Ro 6,9)*. Todo esto es bien conocido por vuestra fe. De donde se sigue también el que sabemos que todos los milagros que realizó en los cuerpos nos sirven de advertencia para que, a partir de aquí, percibamos lo que no ha de pasar ni tener fin. Devolvió a los ciegos los ojos que con toda certeza alguna vez habría de cerrar la muerte; resucitó a Lázaro, que iba a morir otra vez. Todo lo que hizo en beneficio de los cuerpos no lo hizo para que fuesen eternos; aunque, no obstante, aun al mismo cuerpo ha de dar al final la salud eterna. Mas, puesto que no se creía lo que no se percibía por los ojos, mediante estas cosas temporales que se veían, edificaba la fe en aquellas que no se veían²⁴.

También la conversión de quienes habían pecado la consideraba nuestro Santo como la manifestación de Cristo como médico. Así respecto de la mujer sorprendida en adulterio, dice: «Habiéndose alejado los fariseos, quedó solamente la mujer pecadora frente al Salvador. Quedó la enferma con el médico. Quedó la miseria con la misericordia»²⁵.

Si el pecador pretende excusarse diciendo que no es responsable de su pecado y quiere atribuirlo al hado o al diablo, que han actuado en él, Agustín le pone ante la vista las reveladoras palabras del salmo 40: *Yo dije: Señor, compadécete de mí; y sana mi alma porque he pecado contra ti (Sal 40,5)* y sugiere al pecador que se dirija a Dios diciendo: «Dado que pequé estoy enfermo. Si estoy enfermo: *sana mi alma*. Esto es explayarse ante el médico e invocarle»²⁶.

De acuerdo con la tradición eclesial que califica a san Agustín como el «Doctor de la Gracia», insiste él con empeño en que tengamos muy presente que por nuestras solas fuerzas no podemos sanar de las heridas del pecado, y por tanto es muy necesario que acudamos al Señor para hallar remedio a la enfer-

24 *Sermón 88*, 1: BAC 441, 535-536.

25 *Sermón 13*, 5: BAC 53, 212.

26 *Sermón 16-B*, (Mai 17), 1: BAC 53, 278.

medad de nuestra alma. He aquí cómo se expresa el Santo a este respecto:

Vengamos a aquel que dice: *Venid a mí todos los que estáis fatigados* (Mt 11,28). Tú estás fatigado y yo también. Oigámosle y vayamos hacia él. Escuchémosle ambos, puesto que ambos estamos fatigados. ¿Por qué litigamos entre nosotros? ¿Acaso por no oír al médico que nos llama? ¡Oh desgraciada enfermedad! El médico llama hacia sí y el enfermo se deshace en contiendas. Piensa bien lo que nos dice cuando llama: *Venid a mí todos los que estáis fatigados*. ¿Con qué os fatigáis, sino con el fardo de los pecados, con el yugo de una mala tirana, la maldad? *Venid a mí*, pues, *todos los que estáis fatigados y estáis sobrecargados, y yo os aliviaré*. Yo que os hice os restableceré. Yo, dice, os restableceré, porque *sin mí nada podéis hacer*²⁷.

En el relato de la mujer pecadora que lloró sus culpas y ungió los pies a Jesús (Lc 9,36-50) considera Agustín que el Señor sana a la vez a la mujer arrepentida y a los comensales que han juzgado mal la actitud de Cristo: «Las palabras del Señor en esta parábola [la de los dos deudores] van dirigidas a obtener dos efectos: que sane el anfitrión con sus comensales, que al mismo tiempo que lo veían ignoraban al Señor Jesucristo, y que aquella mujer tuviera confianza en su confesión y en adelante no le atormentasen los remordimientos de su conciencia»²⁸.

En la conversión de Zaqueo resplandece también muy claramente la consideración de que Jesús actúa como médico de las almas al perdonar los pecados y al transformar con la luz de la fe al acaudalado jefe de publicanos y a toda su familia. Así lo expone Agustín en un sermón que predicó en Cartago, ciudad en la que abundaban los ricos comerciantes y el fasto de las amontonadas riquezas:

Como se trataba de Zaqueo, el jefe de los publicanos y gran pecador, aquella turba, que se creía sana y le impedía ver a Jesús, se llenó de admiración y encontró reprochable el que Jesús entrase en casa de un pecador, que equivale a reprochar al médico el que entre en casa del enfermo. Puesto que Zaqueo se convirtió en objeto de burla en cuanto pecador y se mofaban de él, ya sano, los enfermos, respondió el Señor a esos burlones: *Hoy ha llegado la salvación a esta casa*. (Lc 19,9). He

²⁷ Sermón 30, 8: BAC 53, 456-457. Véase también: Sermón 117, 17: BAC 443, 22.

²⁸ Sermón 99, 3: BAC 441, 665.

aquí el motivo de mi entrada: *Hoy ha llegado la salvación*. Ciertamente, si el Salvador no hubiese entrado no hubiese llegado la salvación a aquella casa. ¿De qué te extrañas, enfermo? Llama también tú a Jesús, no te creas sano. El enfermo que recibe al médico es un enfermo con esperanza»²⁹.

En una de las frases agustinianas, que con razón se califican de «lapidarias», resume el santo la vinculación de los nombres de «salvador» y de «médico», diciendo: «Vino el Salvador al género humano y, al no hallar a nadie sano, vino en condición de gran médico» (*Venit ergo Salvator ad genus humanum, nullum sanum invenit, ideo magnus medicus venit*)³⁰.

JESÚS SANA Y CONFORTA A SUS DISCÍPULOS

El amplio conjunto de los discípulos que Jesús fue reuniendo, y especialmente el grupo de «los doce», tuvieron con él una estrecha relación y familiaridad: *Instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios* (Mc 3,14-15). Se trata de una decisión muy importante por la misión que se les confiaba para la difusión del Reino de Dios. Era un colectivo bastante variado por la procedencia y los antecedentes que les distinguían. La perspectiva que Jesús les anuncia es de un gran relieve espiritual: *Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre* (Jn 1,51). Benedicto XVI se refiere a esta elección de los doce ad decir: «Jesús se manifiesta aquí como el nuevo Jacob. El sueño del Patriarca, en el que vio apoyada junto a su cabecera una escalera que llegaba hasta el cielo, por la que subían y bajaban ángeles de Dios, ese sueño se ha hecho realidad en Jesús. Él mismo es la “puerta del cielo”» (cf. Gn 28,10-22). Él es el verdadero Jacob, el «Hijo del hombre», el padre fundador del Israel definitivo»³¹.

Fue muy constante e intensa la labor de Jesús en la formación de sus discípulos, y singularmente de los doce apóstoles, lo cual implicó una muy especial atención a liberarlos de defectos e incluso de perdonar sus yerros y caídas, una tarea del Salvador que san Agustín no pocas veces presenta como la unción del

29 *Sermón 174*, 6: BAC 443, 703.

30 *Sermón 155*, 10: BAC 443, 454.

31 BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, Madrid 2007, p. 210.

médico que sana y robustece a sus elegidos. En un sermón predicado en la ordenación de un obispo se expresaba así:

El que preside a un pueblo debe tener presente, ante todo, que es siervo de muchos. Y eso no ha de tomarlo como una deshonra; no ha de tomar como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos, porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó el servirnos a nosotros. De la hez de la carne se les había infiltrado a los discípulos de Cristo el Señor, nuestros apóstoles, un cierto deseo de grandeza, y el humo de la vanidad había comenzado a llegar ya a sus ojos. Pues, según leemos en el Evangelio, *surgió entre ellos una disputa sobre quién sería el mayor* (cf. *Lc 22,24*). Pero el Señor, médico que se hallaba presente, atajó aquel tumor. Cuando vio el mal que había dado origen a aquella disputa, poniendo delante algunos niños, dijo a los apóstoles: *Quien no se haga como este niño no entrará en el reino de los cielos* (*Mt 18,3*). En la persona del niño les recomendó la humildad³².

Sobre el apóstol Pedro se manifiesta de un modo muy significativo la labor de Cristo fortaleciendo su fe y sanando sus heridas como médico excelente y bondadoso, que anhela precaver la desgracia y en fin levantar al que ha cometido la culpa: «Pedro presumió y quedó al desnudo ante sí; ignoraba que estaba enfermo, pero al médico no se le ocultaba. Dijo, presumió y hasta se atrevió a prometer: *Iré contigo hasta la muerte* (*Lc 22,33*). *Entregaré mi vida por ti* (*Jn 13,37*). Y aquel médico, tomando el pulso a la vena de su corazón, dijo; *¿Vas a entregar tu vida por mí? En verdad te digo: antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces* (*Jn 13,38*)»³³. Jesús, en efecto conocía muy bien la debilidad de Pedro, pero también la capacidad de sanación gracias al amor que el mismo Señor había plantado en el corazón del discípulo:

Habíale conocido siempre [Jesús a Pedro]; habíale conocido aún al tiempo en que Pedro se desconocía a sí mismo. No se conocía éste cuando dijo: *A tu lado estaré hasta la muerte* (*Mt 26,33*). ¡Qué poco sabía él lo grave de su debilidad! No de otro modo ignoran frecuentemente los enfermos qué les pasa, y sábelo el médico; no lo sabe quien lo tiene, y sábelo quien no lo tiene. A la sazón, el enfermo era Pedro, y médico el Señor, Aquél decía tener fuerzas, cuando en realidad no las tenía; mas el Señor, tomándole el pulso, decía que había de negarle tres veces. Y sucedió a la letra, como el médico se lo

32 *Sermón 340-A*, (Guelf 32), 1: BAC 461, 22.

33 *Sermón 340-A*, (Guelf 32), 8: BAC 461, 33.

había pronosticado, no como adelantó, jactancioso, el enfermo: Si, pues, le preguntó el Salvador [si le amaba] después de la resurrección, no era porque ignorase la gran sinceridad del afecto que Pedro tenía por él, sino para que una triple confesión de amor borrara la triple negación del temor³⁴.

Gloriosa alabanza constituye para Cristo, médico y salvador nuestro, el precioso testimonio del arrepentimiento y del gran amor de Pedro:

La pregunta por tercera vez le recordó su triple negación. Te das cuenta, bienaventurado Pedro, te das cuenta de tu defección; su recuerdo te apena; pero goza una vez pasada ya la tristeza. Confiese el amor a quien había negado el temor. Ved ahora ya como amante al negador de antes; mejor, amante también antes, pero aún débil. Nos fijamos en que Pedro negó a Cristo y no en que le siguió hasta el peligro de la pasión. El médico guardó un orden en la curación. Primero mostró a Pedro al mismo Pedro y luego se mostró a sí mismo en Pedro. Como si le dijera: «Tú presumiste de que ibas a morir por mí, pero no presumiste apoyándote en mí, sino en ti. Cuando fuiste interrogado por la sierva, te encontraste a ti mismo; lloraste y volviste a mí». Ahora, pues, al encomendarle el Señor sus ovejas le anunció su pasión que hoy celebramos³⁵.

Aunque tras su ascensión al Padre no tengamos ya la presencia visible de Cristo en la tierra, él, sin embargo, está presente entre nosotros de diversos modos, según sus promesas y sacramentos. San Agustín lo confiesa diciendo: «Nuestro Señor Jesucristo no descendió del Padre de manera que se apartase de él, como tampoco se apartó de nosotros cuando ascendió de entre nosotros. Mucho antes de subir a la derecha del Padre dijo a sus discípulos: *Yo estaré con vosotras hasta la consumación del mundo* (Mt 28,20)³⁶. Por razón de esta presencia verdadera de Jesús en medio de nosotros, podemos conocer que su labor como médico y salvador continúa viva y eficaz. Preciosos testimonios acerca de ello hallamos en la conversión de Pablo apóstol, que San Agustín comenta con muy emotivas palabras, en las que de algún modo se refleja la memoria y gratitud de la transformación de vida que él mismo había experimentado:

Saulo perseguía a los miembros de quien estaba ya sentado en el cielo; los perseguía en estado de profunda locura, con

34 *Sermón 137*, 3: BAC 443, 232-233. Véase también: *Sermón 299*, 7: BAC 448, 310. *Sermón 253*, 3: BAC 447, 568-569.

35 *Sermón 299-B*, (Guelf 23), 1-2: BAC 448, 324-325.

36 *Sermón 229-K*, (Guelf 13), 2: BAC 447, 351.

la mente trastornada, con enfermedad extrema. Pero él con una sola voz que le llamaba desde el cielo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4), golpeó al loco y lo levantó sano, dio muerte al perseguidor y dio vida al predicador³⁷.

La curación de un perseguidor tan enconado como era Saulo, debe dar motivos de esperanza y certidumbre a quien se sienta oprimido por el peso de sus pecados:

Como después el mismo Pablo se congratula de haber alcanzado la misericordia de Dios porque se encontró ser el primero, es decir, el que más sobresalía por sus pecados. Son éstas sus palabras: *Y, sin embargo, he conseguido misericordia, para que Cristo Jesús manifestase en mí toda su longanimidad, pensando en quienes han de creer en él para la vida eterna* (1Tim 1,16), para que todos razonen de este modo: «Si Pablo fue curado, ¿por qué perder la esperanza? Si tan gran médico sanó a enfermo tan desahuciado, ¿por qué no voy a que aplique sus manos a mis heridas? ¿No he de apresurarme a acudir a tales manos?» Para que los hombres dijeran esto, Saulo, de perseguidor, fue hecho apóstol. Adonde quiera que llegue un médico busca algún caso desesperado y lo sana; si encuentra a algún pobre en extremo y en estado desesperado, sin buscar recompensa alguna proporciona su arte³⁸.

El apóstol Pablo reconoce también haber recibido de manos del médico divino un remedio preventivo a fin de que no se envaneciera de los excelsos dones recibidos de lo alto, como lo afirma él mismo y Agustín lo corrobora, y se aplica también a sí mismo el remedio: «Escucha: *Y para que no me envanezca con la magnitud de mis revelaciones* (2Co 12.7). Ya puedo preguntar al apóstol Pablo: ¿Para no envanecerte, santo Apóstol? ¿Todavía has de precaverte ante el orgullo? ¿Aún existe el temor de que te envanezcas? ¿Todavía hay que buscarte la medicina? ¿Qué me dices tú? Escucha también lo que soy, no te subas muy alto; teme más bien. Escucha cómo entra el corderillo allí donde el carnero se halla en tal peligro»³⁹.

LA MEDICINA DE CRISTO SANA Y RECONFORTA

Si nos ponemos a considerar, guiados por la sabiduría y

37 *Sermón 87*, 15: BAC 441, 533. Véase también: *Sermón 279*, 4: BAC 448, 68-70.

38 *Sermón 175*, 9: BAC 443, 716. Véase también: *Sermón 176*, 4-5: BAC 443, 721-723.

39 *Sermón 154*, 5-6: BAC 443, 422.423.

experiencia de san Agustín, los eficaces y saludables remedios que Cristo proporciona a los enfermos, hemos de partir de la afirmación del Doctor de la Gracia, al afirmar que Jesús es a la vez médico y medicina para el hombre:

Convenía que [los profetas refiriéndose al Salvador] anunciaran su venida y milagros; milagros que a los buenos entendedores le mostraran como Dios, aunque a quienes se limitaran a mirar con ojos humanos lo viesan como hombre, pequeño para los pequeños, pero humilde para los soberbios, enseñando al hombre, con su pequeñez, a reconocerse pequeño y a no creerse grande por hallarse hinchado sin haber creído. La soberbia, en efecto, no es grandeza, sino hinchazón. Para sanar esta hinchazón del género humano, siendo él mismo médico y medicina, es decir, no sólo mostrando la medicina, sino convirtiéndose él mismo en ella, apareció ante los hombres como hombre, ofreciendo su ser humano a quienes le veían y reservando su ser divino para quienes creyeran en él. La mirada de su humanidad sanó a los débiles; la contemplación de su divinidad requiere gente fuerte⁴⁰.

A Cristo, «médico extraordinario»⁴¹ nada le resulta imposible, ni le faltan los remedios oportunos para las diversas dolencias de las personas humanas. «Hablo a sordos; no me oyen —dice Agustín—. Sánalos, Señor, para que oigan. Nada es imposible para ti. Para ti no hay enfermedad incurable, porque eres un gran médico, sobre todo porque nos mostraste por delante tu amor hacia nosotros al no perdonar a tu propio Hijo y entregarlo por todos nosotros. ¡Cómo no vas a habernos dado todo con él! ⁴². Dice también el santo predicador: «No temas los pecados que quizá cometiste en el pasado, por graves e increíbles que sean. La enfermedad es grande, pero es mayor el médico. No te preocupes del pasado; se anulará todo, absolutamente todo, en el sacramento»⁴³. El misterio de la encarnación, Dios hecho hombre, constituye el fundamento de la excelencia del Médico divino, que cura las enfermedades muy graves y extendidas por todo el mundo:

Vino en humildad nuestro creador, creado entre nosotros; él que nos hizo y fue hecho por nosotros: Dios antes del tiempo, hombre en el tiempo, para librar al hombre del tiempo.

40 *Sermón 380*, 2: BAC 461, 482.

41 *Sermón 23-A*, (Mai 16), 2: BAC 53, 380.

42 *Sermón 335-C*, 8 (Lambot 2), 10: BAC 448, 707-708.

43 *Sermón 97-A*: (Bibl. Cas. 2114), 2: BAC 441, 652.

Vino, como gran médico, a curar nuestra hinchazón. De oriente a occidente, el género humano yacía como un gran enfermo, y requería un gran médico. Éste envió primero a sus ayudantes, y luego llegó él cuando algunos ya habían perdido la esperanza. Hizo como los médicos: cuando envían a sus ayudantes, es porque se trata de algo fácil; mas, cuando el peligro es grave, vienen ellos. El género humano se hallaba en gran peligro, enredado en todos los vicios; de modo especial manaba la fuente de la soberbia; y él vino a curarla con su ejemplo. Avergüénzate de ser todavía soberbio, tú, hombre por quien se humilló Dios. Grande hubiese sido la humildad de Dios aunque sólo hubiese nacido por ti; pero hasta se dignó morir por ti⁴⁴.

Muy constante y afianzada se manifiesta en la predicación agustiniana la convicción de que la humildad es condición indispensable para la curación de las enfermedades morales del hombre: «¡Qué gran medicina! Si con esta medicina no se cura la soberbia, no sé con qué podrá curarla»⁴⁵.

En la ceguera espiritual radica la situación lamentable de enfermedad en que se encuentra el ser humano y de la que Jesús quiere liberarlo, como lo hizo con el ciego de nacimiento (*Jn 9,1-41*): «¿Quién realmente no ha nacido ciego? Ciego de corazón. Mas el Señor, que había hecho ambas cosas, los ojos y el corazón, curó también las dos»⁴⁶.

EN LA SAGRADA PASIÓN DE JESUCRISTO

San Agustín iniciaba un sermón sobre el misterio de la pasión y muerte de Cristo con esta frase sencilla pero colmada de profunda e íntima admiración: «La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es para nosotros un ejemplo de paciencia, a la vez que seguridad de alcanzar la gloria»⁴⁷. Las llagas gloriosas y visibles en el cuerpo de nuestro Médico divino son para nosotros, como lo fueron para su discípulo Tomás, argumento de la fe y visión fiel de esperanza. Comentando el salmo 21 el Doctor de la Gracia se expresaba así:

Porque me rodearon muchos perros; me cercó un consejo de malintencionados. Leed el Evangelio: Taladraron mis pies y mis

44 *Sermón 340-A*, (Guelf 32), 5: BAC 461, 28-29. Véase también: *Sermón 345*, 7: BAC 461, 109-110. *Sermón 346-A*, (Caillau 2,19) 8: BAC 461, 124-125.

45 *Sermón 77*, 11: BAC 441, 409.

46 *Sermón 136*, 1: BAC 443, 207.

47 *Sermón 218-C*, (Guelf 3), 1: BAC 447, 219.

*manos (Sal 21,17). Entonces se hicieron las heridas de las cuales palpó las señales aquel recalcitrante discípulo que dudando, dijo: Si no metiere mis dedos en la señal de sus heridas no creeré. Pero cuando le dijo el Señor: Ven, mete tu mano, ¡oh incrédulo! Y metió su mano y exclamó: Señor mío y Dios mío. Entonces le dice el Maestro: Porque has visto creíste; bienaventurados los que no ven y creen (cf. Jn 29, 25-28)*⁴⁸.

Agustín reflexiona en diversas ocasiones sobre dos clases de enfermos con los que se encuentra el médico: unos reconocen su estado de enfermedad y aceptan los remedios que se les ofrecen; otros, en cambio, están en el delirio de la fiebre y deprecian, insultan e incluso dan muerte al que quiere salvarlos. «¿A qué extremo llegó su delirio? Hasta detener, esposar, flagelar, coronar de espinas, colgar de la cruz y dar muerte en ella al mismo médico. ¿De qué te admiras? El enfermo dio muerte al médico, pero el mismo médico, muerto, devolvió la salud al trastornado»⁴⁹. Y acerca de la medicina que ha de poder salvar incluso a estos locos frenéticos, oigamos lo que dice el santo predicador: «¡Qué locura la de aquel que da muerte al médico! En cambio, ¡qué bondad y poder el del médico que de su sangre preparó la medicina para su demente asesino! No decía sin motivo: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen (Lc 23,34)* quien había venido a buscar y salvar lo que había perecido»⁵⁰.

Agustín recordaba, sin duda, que en su niñez se le había marcado en la frente la cruz que luego no tendría presente en los años de su extravío. Aquella cruz que se traza sobre la frente a los catecúmenos, ha de ser el signo más apreciado de los cristianos, ya que en la cruz el Médico divino nos ha proporcionado el remedio para nuestra enfermedad:

Eres cristiano y llevas en tu frente la cruz de Cristo, y este sello muestra lo que profesas. Cuando él colgaba de la cruz, cruz que tú llevas en la frente; no te deleita por ser un recuerdo del patíbulo, sino por ser signo de quien de él pendió; cuando él, repito, pendía de la cruz, miraba a quienes se ensañaban contra él, soportaba a quienes le insultaban, oraba por sus enemigos. Al morir él, el médico, sanaba con su sangre a los enfermos. Dijo, en efecto: *Padre perdónales, porque no saben lo*

48 *Enarraciones sobre los Salmos 21,17*: BAC 235, 220.

49 *Sermón 80*, 4: BAC 441, 446.

50 *Sermón 174*, 6: BAC 443, 703-704. *Sermón 175*, 3: BAC 443, 709-710. *Sermón 305*, 3. BAC 448, 430-431. *Sermón 313-B*, (Denis 15), 4: BAC 448, 557-558.

que hacen (Lc 23,34). No fueron inútiles e infecundas estas palabras. Miles de entre ellos creyeron luego en Cristo, a quien habían dado muerte y aprendieron a sufrir por quien sufrió antes por ellos y bajo ellos. Por esta señal, hermanos, por este carácter que recibe el cristiano incluso al hacerse catecúmeno, a partir de una y otra cosa se comprende por qué somos cristianos: no en atención a las cosas temporales y pasajeras, sino para evitar los males que nunca pasarán y para conseguir los bienes que no conocerán fin⁵¹.

El Señor al beber el «cáliz amargo» de su pasión salvadora, quiso curar nuestra debilidad ante el esfuerzo y el sufrimiento. Fue él a la vez maestro y médico que incluso para animar al enfermo bebe el medicamento, que él no necesita para sí, sino que lo toma para con su ejemplo fortalecer al necesitado de remedio:

El Señor nos enseñó a despreciar lo pasajero y a amar lo eterno; nos enseñó, nos curó y nos cura por benevolencia, pues no nos halló sanos, sino que vino como médico a los enfermos. El cáliz de la pasión es amargo; pero cura radicalmente todas las enfermedades; el cáliz de la pasión es amargo, pero antes lo bebió el médico para que no dudara en beberlo el enfermo. Bébase, pues, ese cáliz si lo da quien sabe lo que da y a quién se lo da; mas, si no quiere que lo beba, sánelo de otro modo, pero sánelo. Nosotros, sin embargo, sometámonos, tranquilos, a las manos de tan gran médico, con la certeza absoluta de que no ha de aplicarnos nada que no nos convenga⁵².

Una alentadora visión de fe es la que nos presenta Agustín frente a la consideración de enfermedad y de graves peligros morales que afectan al género humano. En otro sermón, que se ha titulado: «La peregrinación de la vida» y que viene a ser como un bosquejo de teología de la historia, se nos muestra la obra salvadora de Cristo, como la acción de un médico excelente y lleno de bondad:

Escuchad, hermanos míos: convenía que los tiempos fuesen difíciles y duros. ¿Qué hubiéramos hecho de no habernos asistido tan gran consolador? Desde Adán hasta el final, el género humano es un enfermo grave. Desde que hemos nacido aquí, desde que fuimos expulsados del paraíso, la enfermedad ha es-

51 *Sermón 302*, 3: BAC 448, 404-405. Ver también: *Sermón 87*, 14: BAC 441, 532-533.

52 *Sermón 299-A*, (Mai 19), 2: BAC 448, 322. Textos similares: *Sermón 20-A*, (Lambot 24), 8: BAC 53, 324-325. *Sermón 142*, 6: BAC 443, 291-292. *Sermón 299-E*, (Guelf 30), 2: BAC 448, 351.

tado presente, pero al final había de ser mayor y quizá próxima a la salud, aunque para otros próxima a la muerte. Habiendo enfermado, pues, el género humano, aquel gran médico recibe al enfermo en una especie de lecho gigante, es decir, en todo el mundo; mas, como médico habilísimo, aguarda el momento justo para el enfermo; ve y examina lo que ha de acontecer, y en los momentos más benignos de la enfermedad envía delante a sus ayudantes. Así también nuestro médico envió primero a los profetas para que nos visitasen. Ellos hablaron y predicaron; por medio de ellos curó y sanó a algunos. Predijeron que iba a producirse un agravamiento extremo en la enfermedad y una gran recaída de este enfermo que requería la presencia del médico en persona. Así sucedió, puesto que dijo: «Yo restableceré y sanaré al creyente; yo *heriré* y yo *sanaré*» (*Dt* 32.39). Vino, se hizo hombre y participó de nuestra mortalidad para que nosotros podamos hacernos partícipes de su inmortalidad. Todavía se agita el enfermo y, delirando por la fiebre y por la calentura en aumento, se dice a sí mismo: «Desde que llegó este médico sufro fiebres más recias, me agito más violentamente y soporto calenturas terribles. ¿Para qué vino a mi casa? Pienso que no fue un acierto el que viniera a ella» Así dicen todos los que aún sufren la enfermedad de la vanidad. [...] Si no quisiera curarte no te sometería estos tormentos indeseados. Es preciso que los tiempos sean duros. ¿Por qué? Para que no se ame la felicidad terrena. Conviene, pues, y es medicinal que esta vida esté revuelta para que se ame la otra⁵³.

Como bueno y experimentado pastor de almas, san Agustín no se cansa de recomendar la humildad y la confianza acudiendo a Jesús, médico divino, a fin de que, por su gloriosa pasión nos veamos liberados de los perniciosos trastornos de nuestras enfermedades: «Aduéñate —dice— de la humildad de Cristo, aprende a ser humilde, no seas orgulloso. Confiesa tu enfermedad, déjate con paciencia tratar del Médico. Cuando hayas hecho tuya la humildad suya, te levantarás con él»⁵⁴.

A LOS PROFESIONALES DE LA SALUD

Es evidente que san Agustín, en sus escritos y especialmente en sus sermones, al referirse a situaciones de enfermedad y a los remedios que ofrece la medicina, lo efectúa con un sentido profundamente teológico y poniendo a la vista la salvación y el

53 *Sermón 346-A* (Catllau 2,19), 8: BAC 461, 124-125. Véase también el *Sermón 87*, 13: BAC 441, 532.

54 *Sermón 117*, 17: BAC 443, 23.

consuelo que Cristo ha traído a la humanidad afectada por el dolor y la precariedad que acompañan su existencia terrena. Y realiza esta labor de enseñanza y de consolación con el hondo sentido pastoral de quien ha entregado su vida a servir al pueblo cristiano y lo hace en unas regiones profundamente marcadas por la precariedad de una vida sujeta a las convulsiones propias de la decadencia del Imperio romano y sometida a no pocos problemas de salud, así como a la escasez de remedios materiales que pudieran aliviar los dolores de las enfermedades.

El obispo de Hipona, *en* esas circunstancias, al tratar sobre temas de medicina lo hace especialmente bajo el sentido que ofrece la fe cristiana y presentando la figura de Cristo como médico que fortalece y alivia a los atribulados por la enfermedad. Sus enseñanzas son espiritualmente muy profundas y consoladoras, a la vez que realistas. Nos manifiestan, en efecto, a este solícito pastor de almas que fue Agustín, como muy buen conocedor del pueblo a la vez que como un hombre dotado de gran cultura, de dotes de observación muy destacadas y de una singular solicitud hacia los atribulados, que ponen de manifiesto su intensa caridad cristiana y el arraigo de sus nobles sentimientos humanos.

No me cabe duda de que estas constataciones y enseñanzas de san Agustín relacionadas con la medicina pueden ser de provecho en el ejercicio que prestan los profesionales de la salud, especialmente si valoran debidamente el mensaje cristiano y están abiertos a un sentido de trascendencia y de defensa de la vida. A ese respecto, resultan luminosas las alocuciones y los mensajes con que el siervo de Dios Pío XII, se dirigió a muchas convenciones de médicos. En 1956, dirigiéndose a un Congreso Internacional de Médicos Católicos, les decía: «Ante el cuerpo humano, el médico guarda una reserva respetuosa, porque sabe que este cuerpo está animado por un espíritu, un alma inmortal que forma con él una sola naturaleza, que depende enteramente del orden religioso y moral. El médico católico sabe que su paciente y él mismo están sometidos a la ley de su conciencia y a la voluntad de Dios...»⁵⁵.

La actitud del Señor con el apóstol Pedro respecto de su jactancia y futura negación, la considera Agustín como el proceder que han de tener los médicos con los enfermos:

⁵⁵ *Radiomensaje de Su Santidad Pío XII al VII Congreso Internacional de Médicos Católicos* (11 de septiembre de 1956).

El Señor, como médico y artífice, conocía mejor que el enfermo mismo lo que pasaba en el enfermo. Los médicos hacen, referente a las enfermedades corporales, lo que el Señor puede hacer también respecto a las enfermedades de las almas. En efecto, ¿qué te parece, te ruego, el que el enfermo tenga que esperar a que le diga el médico lo que pasa en él mismo? Él personalmente puede conocer los dolores que padece; pero su peligrosidad, sus causas, la posibilidad de salir o no de ellos, no; el médico toma el pulso y comunica al enfermo lo que pasa en el enfermo mismo. Así, pues, cuando el Señor decía a Pedro: *Me negarás tres veces (Mt 26,34)*, auscultaba la vena de su corazón⁵⁶.

El anhelo del buen médico consiste en que el enfermo encuentre la salud liberándose de la enfermedad; actúa, pues, el profesional de la salud a imitación de Cristo, el cual ama a los pecadores, puesto que vino a la tierra para salvarlos. y ardentemente desea su conversión, Por lo cual san Pablo dice: *Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo (1Tim 1,15)*. Y Agustín afirma:

Es cierto que el médico vino por el enfermo, consta esto; pero si vino a casa del enfermo fue para que no estuviese siempre enfermo, ¿Qué decimos, pues? ¿Qué son esas palabras? ¿Qué estamos afirmando? El médico, ¿ama al enfermo o al sano? Ama lo que quiere hacer, no lo que encuentra. Con toda certeza vino al enfermo, no al sano; pero no te fijas en que vino a uno sí y al otro no, pues ama más al sano que al enfermo⁵⁷.

En cuanto al amor del médico por los enfermos, san Giuseppe Moscati (1880-1927), médico muy ejemplar y prestigioso, canonizado en 1987, escribía: «Dichosos nosotros, los médicos, tan a menudo incapaces de alejar una enfermedad, dichosos nosotros, si recordamos que más allá de los cuerpos tenemos delante a las almas inmortales, divinas, para las cuales urge el precepto evangélico de amarlas como a nosotros mismos»⁵⁸. San Agustín, por su parte, nos presenta el ejemplo de Cristo que se ha complacido en servir a los enfermos:

También [Cristo] tomó la forma de siervo y se dignó ser siervo. ¿Siervo nuestro o no? También nuestro, pues de sí mismo dice él: *No he venido a ser servido, sino a servir (Mt 20,28)*. De él predijo el profeta que el justo, servidor bueno, justifica-

56 *Sermón 229-O*, (Guelf 17), 1: BAC 447, 366.

57 *Sermón 175*, 5: BAC 443, 712-713.

58 ALFREDO MARRANZINI, *Giuseppe Moscati, El médico santo*, BAC biografías. Madrid 2015, pág-67.

ría a muchos (Is 53,11). Mas, no nos orgullezcamos. Con frecuencia también el señor sirve a sus siervos enfermos para poder tener siervos sanos que le sirvan; sirve a los enfermos hasta que curen. A enfermos sirve nuestro Señor. ¿No preparó medicinas para los enfermos de su misma debilidad? Por los enfermos derramó su sangre y con el colirio de su sangre ungió los ojos de los ciegos⁵⁹.

La misericordia de Dios nunca nos abandona, pero es preciso que no queramos desviarnos del camino trazado por quien de verdad nos ama, puesto que «quien quiera tener amistad con el pecado será enemigo de quien vino a quitar los pecados»⁶⁰. Este aviso nos lo da san Agustín, poniendo de relieve que las prohibiciones que establecen los médicos son signo de que aman de verdad a los enfermos:

Hermanos míos, reflexionad sobre lo que estoy diciendo: quien es amigo de la enfermedad es enemigo del médico. Si enfermas en el cuerpo y viene el médico a ejercer su profesión, dime lo que pretende con su venida: ¿qué quiere sino sanarte? Si es amigo tuyo, necesariamente ha de ser enemigo de la fiebre; pues si ama tu fiebre, no te sana a ti. Él odia, por tanto, tu fiebre; para luchar contra ella entró en tu casa, subió a tu habitación, se acercó a tu lecho, te tomó el pulso, te dio consejos, te recetó medicamentos y te los aplicó; todo lo hizo para luchar contra ella, todo por ti. Si él hizo todo eso contra la fiebre y en bien tuyo, amando la fiebre sólo tú estarás contra ti. Me responderás: «Lo sé»; me responderás diciendo: «¿Quién hay que ame la fiebre?» También yo sé que el enfermo no ama la fiebre, pero ama lo que le pide la fiebre. ¿Qué dijo el médico cuando entró en tu casa armado de su arte contra la fiebre? Te dice, por ejemplo: «No bebas agua fría». De boca del médico, enemigo de la fiebre, escuchaste: «No bebas agua fría». Una vez que haya marchado el médico, la fiebre te dice: «Bébela fría». Cuando te diga esto, has de reflexionar: «Esta calentura es fruto de la fiebre». Un lenguaje sin palabras te está hablando, produce sequedad en la garganta, el agua fría causa satisfacción: acuérdate de lo que te dijo el médico; no la bebas⁶¹.

En carta a Nectario, en torno a los años 409-410, toca Agustín un parecido asunto diciendo: «Cuando los médicos ven que han de cortar y cauterizar la gangrena, cierran con frecuencia bondadosamente los oídos al furioso llanto»⁶².

59 *Sermón 265-F*, (Lambot 25), 1: BAC 447, 718.

60 *Sermón 229-E*: BAC 447, 316.

61 *Sermón 229-E*, (Guelf 9), 3: BAC 447, 316-317.

62 *Carta 104*, 2.7: BAC 69, 755.

En la acción de Cristo como médico destaca también Agustín la magnificencia y la gratuidad que resplandecen en el misterio de la Salvación:

No quiso [Dios] dejar en la perdición eterna al género humano condenado por su justo juicio, sino que hasta le envió al médico, el Salvador, que lo curaría gratuitamente. Me quedo corto: so sólo otorgaría gratuitamente la curación, sino que también recompensaría a los sanados. Nada puede añadirse a tal benevolencia. ¿Quién hay que diga: «Te sanaré y te daré una recompensa»? Maravillosa su obra. Sabía que él, rico, había venido a un pobre: sana a los enfermos, les da un regalo, y este regalo no es otra cosa que él mismo. El Salvador es al mismo tiempo ayuda para el enfermo y premio para el sanado⁶³.

Como seguidores de Jesús y continuadores de su obra de salvación, sus discípulos continuaron su labor de sanación aplicando los remedios medicinales gracias a los carismas que del Señor habían recibido. A ello hace referencia san Agustín, recordando en primer lugar la curación espiritual de muchos judíos que se arrepintieron y creyeron después de los acontecimientos de la pasión de Cristo y de escuchar las palabras salidas de la boca del apóstol san Pedro:

Fue azotado [Jesús] por hijos desaprensivos; hijos desaprensivos le mataron. Y rogó por ellos. Después se dieron cuenta, le reconocieron y creyeron. Y quienes se negaron a ser curados por el Médico fueron después curados por un discípulo suyo, por Pedro. Cuando Pedro les increpó, dijeron: *¿Qué hemos de hacer?* Y respondió Pedro: *Haced penitencia y bautizaos en el nombre del Señor Jesucristo (Hch 2,37-38)*. Ha poco se enfurecían, ahora creían. Daos cuenta de lo que hace la enfermedad y la salud. Cuando estaban enfermos fueron tolerados; cuando se curaron fueron redimidos⁶⁴.

En referencia a los donatistas que no querían reconocer el bautismo administrado por los católicos, mientras que éstos sí que admitían la validez del bautismo de Cristo recibido de manos de los cismáticos, San Agustín decía: «El Médico bueno no solo curaba los enfermos presentes, sino que tenía también en su mente los futuros. Y futuros eran los hombres que habrían de decir: “Yo perdono los pecados, yo justifico, yo santifico, yo sano a quien bautizo”»⁶⁵. Y en otro sermón el santo empezaba diciendo:

63 *Sermón 156, 2*: BAC 443, 462-463.

64 *Sermón 16-A (Denis 20), 8*: BAC 53, 268.

65 *Sermón 99, 8*: BAC 441, 671.

Las obras que Cristo el Señor hizo entonces en los cuerpos, las hace ahora en los corazones; aunque es cierto que en modo alguno cesa de realizarlas también en los cuerpos, es mucho más grande lo que realiza en los corazones. En efecto, si es cosa grande ver la luz del cielo, ¡cuánto más lo es ver la luz de Dios! Para esto precisamente, para ver la luz que es Dios, son sanados, abiertos y purificados los ojos del corazón. Dios, dice la Escritura, *es luz y en él no existen tinieblas (1Jn 1,5)*; y el Señor en el Evangelio dice: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*⁶⁶.

En relación a este tema tan sugestivo de la excelsa labor de Cristo, como médico, ejercida por él especialmente con el augusto misterio de la encarnación y continuada con su presencia misteriosa en toda la historia, también a través de todos sus discípulos, los bautizados e incluso otros hombres de buena voluntad que laboran en su servicio, me parece que resultan valiosas y clarificadoras unas frases escritas por el mencionado médico san Giuseppe Moscati, en las que dice: «No ha sido la ciencia, sino la caridad, la que ha transformado el mundo en algunos periodos; y sólo poquísimos hombres han pasado a la historia por la ciencia; pero todos podrán permanecer imperecederos, símbolo de la eternidad de la vida, en la que la muerte no es más que una etapa, una metamorfosis hacia un ascenso más alto, si se dedican al bien»⁶⁷.

Guillermo PONS PONS

66 *Sermón 136-C (Lambot 11): BAC 443, 225.*

67 ALFREDO MARRANZINI, *Giuseppe Moscati*, cit. pp. 114-115.